

## Discurso en Montevideo

Rolando Araya Monge

América Latina vive un proceso de grandes cambios y es un buen presagio que hayamos venido a esta ciudad a reunirnos, pues fue aquí donde se tradujo y se publicó, por primera vez en español, el libro de Eduard Bernstein, “Socialismo Teórico y Socialismo Práctico. Ahora, un siglo después venimos aquí a plantear nuestras aspiraciones y ver el alcance de nuestras miras a través de la calidad de nuestras propias preguntas.

Y hemos querido discutir dos temas de gran actualidad: el proceso de cambios políticos que vive la región con un claro avance en las posiciones de izquierda y, también, la situación de América Latina de cara a la globalización. Yo creo que ambos temas tienen un ligamen, pues uno de los ingredientes de esta dosis de rebeldía que se observa es una reacción de los latinoamericanos al pensamiento único, al neoliberalismo que se ha adueñado del proceso de globalización.

Un espíritu de cambio recorre la América Latina. Desde la Patagonia hasta la frontera con los Estados Unidos, los pueblos se manifiestan contra la corriente política dominante de las últimas dos décadas. Movimientos de izquierda, de distinto matiz, pero todos unidos contra el neoliberalismo, han triunfado en numerosos países de la región. Los vientos comienzan a soplar en una dirección diferente y la palabra revolución empieza a cobrar más sentido en muchas partes.

Al lado de esto, grandes manifestaciones populares sacuden ciudades como París, Los Ángeles de California o Quito. El desempleo, las migraciones y la pobreza, así como la imposición de tratados comerciales injustos, producto de la globalización, son la causa más visible de estos eventos. El mundo empieza a mostrar los signos negativos de un proceso, cuya manifestación tecnológica fue anunciada como la gran panacea a todos los males, incluida la pobreza.

El resultado ha sido al revés. La gran revolución tecnológica de los últimos tiempos en la computación, las comunicaciones y la biología, ha provocado una concentración de riqueza sin precedentes y contrasta con el aumento de la pobreza en África y América Latina, de la explotación a niveles de esclavitud, como se comprueba con los llamados *sweatshops*, la exclusión social y la desesperación que ha llevado a un aumento incontrolable de la violencia y las migraciones. El capital se ha apropiado de los excedentes producto de la tecnología. Los trabajadores han visto estancarse sus salarios y disminuir sus ventajas.

La codicia es el valor que domina y ésta ya no respeta ni la vida, menos la justicia. El pillaje de los recursos naturales y el consumismo ponen en peligro la estabilidad ecológica. Fenómenos como el calentamiento global aumentan la posibilidad de grandes desastres. La globalización ha acentuado una distribución inmoral e ineficiente de la

riqueza y el poder en el mundo. Entretanto, una especie de “corporatocracia” sustituye a la democracia, amenaza a la propia libertad y la crisis política se agudiza por todas partes. El economicismo se ha puesto por encima de las ideologías y ha colocado a la economía en el centro del quehacer humano, el eje principal de la cultura. “Tengo, luego existo” pareciera ser el nuevo significado de este materialismo rampante que no reconoce fronteras.

Hay cosas que resultan evidentes y enlazan estos procesos que se están dando en la región. Por una parte, se percibe un fuerte movimiento de reivindicación indígena. Por otro, relacionado con el rechazo al neoliberalismo, también existen choques con Washington, como pasa en Venezuela y Bolivia. Desde Robert Kennedy, algunos prominentes norteamericanos han pronosticado situaciones como la actual, advirtiendo la posibilidad de revoluciones en América Latina. La actual política de los Estados Unidos pareciera favorecer esta reacción. El proyecto para construir un muro de 1200 kilómetros en la frontera con México, no solo es un monumento al fracaso social del NAFTA, sino también una torpeza que logrará acelerar las confrontaciones. México es uno de esos casos que sirven para demostrar cómo las cifras de crecimiento económico y de las exportaciones revelan un divorcio entre lo económico y lo social, pues mientras esto ocurre, se pierden empleos, aumenta la pobreza y, por supuesto, la presión migratoria. Y estos movimientos populares revolucionarios no está ausente tampoco una reacción antipolítica que está afectando a la democracia misma.

Ante estos fenómenos en América Latina y en el mundo, ¿cuál es la posición de la Internacional Socialista y cuál debe ser la posición de la socialdemocracia latinoamericana? Hace algunos años, la señora Thatcher había dicho que no había alternativa al capitalismo. Y la socialdemocracia, en su propio país, bajo la estrategia mediática de la Tercera Vía, no ha planteado mucho más que un capitalismo con pudor, una aceptación total de la lógica del mercado. Después de la caída del comunismo, la izquierda ha retrocedido y apenas defiende tímidamente el estado benefactor.

El socialismo fue la bandera del proletariado pobre en Europa. Con ella lograron avanzar hasta lograr casi la erradicación de la pobreza en numerosos países de la región y alcanzar altos niveles de cohesión social. Pero este no ha sido el resultado en el mundo. En la mayor parte, aumenta la pobreza y las migraciones son el indicador más claro de los problemas sociales. ¿De qué lado está la socialdemocracia ante los problemas del mundo pobre? ¿Del lado del “establishment”, como decíamos en los sesentas, o se pondrá del lado de los pobres del mundo?

Hemos sostenido en otras ocasiones que, pese a nuestra admiración y reconocimiento por los logros alcanzados en Europa, no es posible calcar las políticas de allá en América Latina. Hay quienes piensan en un absolutismo de los conceptos y parece increíble que después de que la física ha demostrado que el tiempo y el espacio son

relativos, haya quienes insistan en reproducir modelos políticos en todo el mundo. Lo repetimos aquí, la socialdemocracia europea es demasiado rubia para América Latina. Bolivia, Perú, Ecuador y la mayoría de los países de la región tienen que trazar su propia ruta. La guerra contra la pobreza tiene amplios escenarios internacionales. Ahora las batallas se libran en el terreno de las migraciones, los tratados comerciales, la política de las grandes empresas. ¿Dónde están nuestros partidos hermanos de Europa ante todo esto?

¿Están del lado del establishment, o comprenderán la necesidad de cambios más radicales en nuestros países? He ahí la disyuntiva. Una nueva visión de socialismo habrá de sobrevenir de todo esto. Es preciso lograr más justicia y más igualdad sin crear centralismo, sin concentrar el poder. Socialismo debe ser la distribución de todo poder, tanto económico, como político, social, tecnológico e informativo. Una democracia radical habrá de hacernos ver cómo el bienestar no puede ser decretado, solo puede ser conquistado, pues las puertas del cambio solo se abren por dentro. Y la cultura es una puerta anterior a la política y la economía. Si estos no se adaptan a la cultura, a la escala de valores de una sociedad determinada, fracasarán en sus intentos de resolver los problemas. Es más importante el caminante que el camino, pero nos centramos en los modelos y las estructuras. Cada pueblo tiene su propia historia y su propia ruta.

Y no solo se pide que nuestros países sigan dictados de organismos internacionales, basados en interpretaciones salidas de las realidades económicas más avanzadas, sino que, de igual modo, se permite que en las negociaciones comerciales se esté imponiendo un régimen de propiedad intelectual, el cual, tal y como se está imponiendo, permite privatizar todo el edificio con solo haber pegado el último ladrillo. El conocimiento y la tecnología han mostrado una capacidad inusitada de concentración de la riqueza. Los barones industriales de las primeras etapas del capitalismo lucen ingenuos al lado de las grandes corporaciones monopólicas de estos tiempos. Por eso, una bandera que deben alzar los pueblos pobres, y que no estoy seguro que contarán con el respaldo de nuestros aliados en los países ricos, es una creciente socialización del conocimiento. La creciente privatización de un patrimonio que pertenece a la humanidad, la cual ha llegado hasta permitir patentar especies animales y vegetales es una condena a la pobreza para la mayor parte del mundo.

Democracia radical, ecología profunda, socialización del conocimiento vendrán como consecuencia de una verdadera concientización, algo más allá de lo que planteó Paulo Freire, un salto cuántico de la mente humana, un nivel de conciencia más elevado. Solo así podremos ver la igualdad como una condición para el ascenso. Solo es posible avanzar partiendo de un mínimo de igualdad: igualdad de género, étnica, cultural, social y económica. Ya no es solo cuestión de ideologías, es más un resultado de valores éticos, de calidad humana. Por eso sostenemos que cada pueblo debe construir su propio bienestar y es posible que necesiten verdaderas revoluciones educativas que produzcan una nueva mentalidad, nuevas formas de pensar, pensamientos distintos y, sobre ellos, empezar a transitar el camino sin fin hacia la justicia y la libertad, pues como ha señalado

aquí el compañero Rafael Michellini, Presidente del Partido Nuevo Espacio del Uruguay, solo podemos hablar de verdadero socialismo si hay auténtica libertad. La nueva visión del socialismo nos permitirá conjugar valores vistos como contradictorios. Igualdad con libertad es equivalente a una especie de socialismo libertario.

La realidad latinoamericana y lo que en ella acontece debe ser vista con nuevos ojos. De aquí saldrán nuevas ideas, nuevas interpretaciones, capaces de perfilar nuestra propia versión de socialdemocracia.